

Mañana será otro milenio

Juan Luis Mira Candel

«Sí, querida, siguió diciendo; hasta para seguir viviendo necesitamos un objetivo».

Una comedia ligera. Eduardo Mendoza.

«El final de los tiempos, con sus cataclismos y su barbarie, empezó ayer».

Atribuido a Nostradamus.

«Las escenas que más me gustan de 'Los pájaros' son aquellas en las que no sale ningún pájaro».

Alfred Hitchcock.

PERSONAJES

ELLA

ÉL

Noche de fin de milenio.

Terraza acristalada de la cafetería/bar/ático de un rascacielos desde donde se divisa la ciudad. Espacio delimitado por grandes ventanales que parecen tocar las estrellas. Los dígitos horarios de un gran reloj, instalado en la ciudad para recordar, uno a uno, los últimos minutos del milenio, se reflejan de forma parpadeante en alguna esquina del salón.

Un pequeño telescopio turístico, al fondo, invita a zambullirse en los paisajes de la noche.

Un hombre -cincuenta años, tal vez- apoyado en la barra del bar -frente al espectador- bebe a pequeños sorbos su *wodka*. A sus pies, un maletín.

Una muchacha -dieciocho años, tal vez- manipula el telescopio. A sus pies, una pequeña bolsa de viaje.

Pesa el silencio de las alturas, acaso porque la música de ambiente que debía sonar no suena, o el bullicio en el que se supone hierve la ciudad se pierde como un eco demasiado lejano.

**Faltan 4.200" para el s. XXI.../ 4.199.../ 4.198/ 4.197...
/4.196.../ 4.195.../ 4.194.../ 4.193.../ 4.192...**

ELLA.- Disculpe, ¿no llevará por ahí usted alguna moneda?

ÉL.- ¿Eh?

ELLA.- Monedas. Para el telescopio. Algo suelto, a mí se me han acabado. Sólo va con monedas nuevas y a mí se me han acabado.

ÉL.- Alguna me debe de quedar. **(Saca la cartera, busca.)** A ver. **(Le entrega un par de monedas.)** El resto también son monedas viejas. Lo siento.

ELLA.- Más vale eso que nada, gracias. **(Vuelve al telescopio.)** Esa manía de repente de cambiar las monedas, casi sin avisar.

ÉL.- Llevan avisando desde el verano.

ELLA.- Hay muchas maneras de avisar.

ÉL.- Las viejas todavía sirven hasta finales de marzo.

ELLA.- Dígaselo usted a esta maquinita, que por lo visto no se ha enterado. **(Introduce una moneda. Toma aire como si fuera a zambullirse en las profundidades. Rastrea con la mira buscando un blanco. Se para de golpe, emocionada.)** ¡Tres! Y seguro que se me ha escapado más de uno, bueno, claro, vaya tontería. Por lo pronto, los de la parte norte. Por lógica tendría que multiplicar, al menos, por dos. O sea, lo que yo decía, va a ser una noche muy movida. ¿No le parece?

ÉL.- Mmm...

ELLA.- Lo que está pasando...

ÉL.- Mañana se entera usted por los periódicos.

ELLA.- No es lo mismo.

ÉL.- ¿Por qué no?

ELLA.- Porque no.

ÉL.- Si usted lo dice.

ELLA.- Además: mañana no hay periódicos.

ÉL.- Ah, coño.

(**ELLA se recrea: un ojo cerrado; el otro, bien abierto, pegado a la lente, no quiere perderse detalle.**)

ELLA.- Esto se empieza a animar. (**Canturrea:**) La función va a empezar.

(**Pausa.**)

¿Le apetece participar en la porra? (**Sin dejar de mirar.**)

ÉL.- ¿Qué porra?

ELLA.- Improvisamos una.

ÉL.- No.

ELLA.- Venga. ¡Uno!

ÉL.- Sólo somos usted y yo.

ELLA.- Y el camarero.

ÉL.- Con ése no cuenta.

ELLA.- ¿Se lo ha preguntado?

ÉL.- Para que una porra sea interesante debe participar mucha gente.

ELLA.- Ya vendrán. ¡Dos!

ÉL.- Hasta que no den las campanadas, no creo.

ELLA.- ¿Ve? Tres, ¡cuatro! Ya tenemos motivo para otra porra. Podemos apostar también cuánta gente va a subir esta noche aquí antes de que acabe esta mierda de milenio... ¡Ah! Y una tercera, cinco, seis, siete... ¡ocho!, la de la gente que suba y va a querer participar en la porra, que después -ya se sabe- la peña se corta...

ÉL.- Eso es una apuesta entre dos, señorita, no una porra...

ELLA.- ¡Mi madre! **(Observa con detenimiento.)** ¡Dos! Dos, de golpe, cogidos de la mano. ¡No, porfa, ahora no! **(Gritando mientras golpea con una mano el telescopio.)** ¡Nooooo!

ÉL.- Señorita, no le van a oír...

ELLA.- ¡Qué dice! Es por este cacharro, que dura menos que... Y siempre se acaba en el momento más inoportuno. Mierda. ¿No le quedan más monedas?

ÉL.- No. Ya le dije que le di las últimas.

ELLA.- Pues sí que estamos bien. Maldita sea. Lo sabía. Y me estoy perdiendo lo mejor, bueno, lo peor. Eran dos.

ÉL.- Ya lo he oído.

ELLA.- ¿No le parece a usted romántico?

ÉL.- No.

ELLA.- ¿No?

ÉL.- No.

ELLA.- Pues lo es.

(Pausa.)

Es lo más romántico que puede pasar en una noche como ésta, que es todo menos romántica.

ÉL.- ¿Y si lo sabía por qué no ha traído más monedas?

ELLA.- **(Le muestra una bolsa llena de monedas.)** ¿Le parecen pocas? **(Las guarda en la pequeña bolsa de viaje.)**

ÉL.- ¿Se va usted de viaje?

ELLA.- A lo mejor, ¿y Vd? **(Por el maletín.)**

ÉL.- No.

ELLA.- Tenía para toda la noche. Pero son monedas viejas. El año pasado estuve aquí y este cacharro todavía iba con monedas viejas.

ÉL.- ¿Repite?

ELLA.- Sí, pero no es lo mismo. No es que estuviera mal, pero no era lo mismo.

ÉL.- Claro.

ELLA.- ¡Así que me he pasado un mes preparando la hucha para qué, para hacer la imbécil, para variar!

ÉL.- No se preocupe, espere a que suban. Seguro que alguien lleva monedas nuevas.

ELLA.- ¿No me acaba de decir que no va a subir ni dios?

ÉL.- Después de las doce campanadas puede que sí.

ELLA.- No será lo mismo. Lo que me interesa pasa ahora, en este momento. Después no le digo que no vaya a pasar, sí que pasará, lo sabemos todos, lo ha anunciado la tele y los periódicos y la radio, pero estaremos en otra era. Ya será el principio y a mí me atrae mucho más el final. ¿A usted no?

ÉL.- No.

ELLA.- ¿No le interesa lo que suceda en esta última hora?

ÉL.- En absoluto.

ELLA.- ¿No le parece lo más emocionante de esta era: sus últimos segundos, sus asquerosos últimos segundos?

(ÉL niega con la cabeza.)

La última jodida almorrana del culo de la historia, amigo, el final del libro. La contraportada. Millones de años se acaban hoy.

ÉL.- Y mañana.

(Pausa.)

ELLA.- Oiga: ¿usted está vivo?

ÉL.- Una buena pregunta, señorita.

ELLA.- Fausto decía que somos muertos que estamos de permiso.

ÉL.- Está bien eso.

ELLA.- ¿Qué edad le echaría usted?

ÉL.- ¿A quién?

ELLA.- A Fausto.

ÉL.- ¿El personaje ese que vende su alma al diablo?

ELLA.- ¿Qué personaje ni que diablo? D. Fausto, mi amigo, el de la frasecita...

ÉL.- Ah, pues no sé... ¿cuarenta, cincuenta?

ELLA.- Diecisiete.

ÉL.- ¿Don Fausto?

ELLA.- Sí. Don. Si no, se cabrea. Esperó a que le saliera el pelo en el bigote y en sus partes... bueno, ya sabe a qué partes me refiero... Y desde entonces -hace ya por lo menos dos o tres años- a su familia y a sus amigos nos exige que le llamemos «Don». Los profesores del Instituto no se acostumbran, pero él dice que son cosas del respeto. Está como una regadera.

ÉL.- Pues sí.

ELLA.- Pero lo ha conseguido.

ÉL.- ¿Le respetan?

ELLA.- No, le llamamos Don, Don Fausto. Hasta su novia. Y el de latín. Cuando pasa lista. Y si no le llaman así, se larga de clase. **(Vuelve a meter monedas viejas, a ver si cuelan. Nada. Se desespera.)** Joder, joder, joder. La he hecho buena. A ver qué hago yo ahora. **(Mira su reloj.)** Que queda más de una hora, mierda.

ÉL.- Esperar. La gente subirá y volverá a tener usted todas las monedas que quiera para cotillear.

ELLA.- ¿Cotillear? **(Herida, violenta.)** No se entera. Esto es algo más que un simple cotilleo, oiga.

ÉL.- Disculpe, no quería insultarle.

ELLA.- Pues lo ha hecho.

ÉL.- Lo siento.

ELLA.- ¿A usted le parece que yo soy algo así como una maruja que sube casi cuarenta pisos para ponerse a cotillear, no?

ÉL.- Bueno, pues «curiosear».

ELLA.- Todos Vds. son igual de superficiales. Ven algo y zas, ya está hecho el escáner, cuanto más fácilón, mejor. Esta zumbada no sabe en qué matar su desquicie y se pone a mirar cómo lo matan los demás. ¡Curiosear! ¡Curiosear?

ÉL.- O algo parecido.

ELLA.- ¿Como qué?

ÉL.- Un trabajo, en el Instituto. Le han pedido un trabajo sobre la última noche.

ELLA.- Se confunde. No soy una chiquilla.

ÉL.- Pero va al Instituto. ¿No?

ELLA.- Y estoy casada. ¿No?

ÉL.- Usted sabrá.

ELLA.- Las esposas las llevo en el bolso.

(Pausa.)

Además, sabelotodo, por si no ha caído: un día como hoy la gente lleva billetes, la calderilla es incómoda cuando uno va elegante. Los vestidos, los trajes, los bolsos no están hechos para las moneditas, seguro que me paso la noche en blanco, seguro, lo sabía. Tenía ese presentimiento. Curiosear. **(Vuelve a intentarlo. Le da un manotazo al telescopio.)** ¿Y el camarero?, a lo mejor él tiene.

ÉL.- Entró hace un momento a la cocina a preparar unos canapés.

ELLA.- Vaya. **(Se asoma a la barra. Levanta la voz.)** ¡Por favor! ¡Camarero! ¡Camarero, por favor! ¡Oiga...! Nada. Que no se entera. **(Trepa. Salta hacia el otro lado de la barra y va directamente hacia la caja registradora. La abre y busca. Encuentra billetes, se le pasa por la cabeza cogelos al ver que no hay camareros en la costa, los deja. Descarta monedas, al final encuentra parte de lo que buscaba.)** Qué poco. **(Mira al hombre por primera vez a la cara, observando sus facciones.)** ¿Usted...?

(ÉL aparta la mirada. Y ella vuelve a su telescopio. Echa una moneda, se entusiasma como una chiquilla, apunta a distintos lugares, como el cazador que acribilla el cielo con sus disparos.)

¡Dios! ¡Increíble! No podía ser de otra forma. Una madre y su hija pequeña. ¡Si casi no sabe andar! Qué duro.

ÉL.- El vértigo, señorita. Es la noche del vértigo.

ELLA.- Dígaselo a todos estos.

ÉL.- ¿Se divierte?

ELLA.- «Curiosear». ¿Le importa?

ÉL.- No. Me llama la atención que a usted le llame la atención. Simplemente.

ELLA.- Qué triste. Se ha perdido el interés por todo.

ÉL.- Ese telescopio está puesto ahí para que los turistas se recreen con las vistas de la ciudad.

ELLA.- Eso hago.

ÉL.- ¿Es usted una turista?

ELLA.- Usted sabe bien que no.

ÉL.- ¿Se recrea?

ELLA.- Hombre, ¿ve?, yo no diría eso, me ayuda a pasar esta puñetera noche y de paso me sirve como reflexión para el resto del año. Y, ya puestos, mira tú: del siglo. Tampoco puedo impedir nada. Digamos que sólo soy algo así como una espectadora muda de este desastre de tiempo que nos ha tocado vivir.

ÉL.- Eso lo debía decir yo, no usted que está en la flor de la vida.

ELLA.- En la flor de la vida. No sabe usted la suerte que tienen algunos de ser viejos, o estar en ello, como usted. Mi flor está más seca que un cactus. Y pincha igual. **(Ríe.)** Sobre todo si no he me he depilado. **(Risa tonta.)** Hablando de viejos: ¡tres! Se han puesto vendas en los ojos. ¡Son hombres! Calvos, los tres están calvos. Seguro que son gays. ¿Es usted gay?

ÉL.- Un poco.

ELLA.- ¿Sí?

ÉL.- Los martes.

ELLA.- Qué gracioso. Gay no sé, pero gilipollas...

(ÉL sonríe.)

ÉL.- Es que hace usted cada pregunta...

ELLA.- No veo a nadie más con quien poder hablar, sólo intento pasar el último rato de la última noche del último año del último siglo del último milenio hablando con la única persona que tengo cerca.

ÉL.- Y mirando por el telescopio.

ELLA.- Sí. Un cura. Está desnudo, completamente desnudo.

ÉL.- ¿Y cómo sabe que es un cura?

ELLA.- Lleva eso que se ponen en el cuello, así.

ÉL.- Un alzacuellos.

ELLA.- Eso.

ÉL.- ¡Desnudo y con alzacuellos?

ELLA.- Los curas son así. A ver cómo la tiene. No se ve bien.

ÉL.- Helada. La tendrá helada.

ELLA.- Mueve la boca. Estará rezando. No, qué va. ¿Se está haciendo una paja?, ¿se está haciendo una paja! Estará diciendo guarradas, desquitándose después de todo lo que debe de haber pasado el pobre.

ÉL.- A lo mejor está rezando.

ELLA.- A lo mejor le pone cachondo. Se va calentando, más, más... ¡Cómo le da a la zambomba! ¡No! Coño, otra moneda. **(Busca una de las monedas que había guardado. La encuentra, se le cae al suelo, la persigue como un felino a su madeja, la atrapa. Cuando la consigue meter en la ranura ya es tarde.)** Se acabó. Me he perdido el final. Ya no está. ¡Adiós, cura pajero! **(Cambia de posición.)** Qué luna más bonita, parece la dentadura postiza flotante de un cantante de jazz. ¿Qué le ha parecido?

ÉL.- ¿Qué?

ELLA.- La frase.

ÉL.- ¿Cuál? Ha dicho usted tantas en tan pocos minutos.

ELLA.- Me gusta decir frases así, ¿no?, como ésas que ponen en los calendarios.

ÉL.- ¿Y le salen así, de repente, o las piensa mucho?

ELLA.- Para nada. Mi profe de filosofía decía que mi mente no piensa: se dispara. El Instituto, qué asco.

ÉL.- Los mejores años se pasan allí.

ELLA.- También es verdad: crees que ya no hay nada peor, te escapas de allí y después resulta que el resto es el acabose. Eso dicen.

(Pausa.)

Faltan 2.600" para el s. XXI/ 2.599.../ 2.598...).

La imagen, ¿le ha gustado la imagen?

ÉL.- ¿El cura?

ELLA.- La dentadura.

ÉL.- Mucho.

ELLA.- La dentadura postiza.

ÉL.- ¡Postiza! Mejor.

ELLA.- ¿Sí? Mire. Venga.

ÉL.- No, gracias. No me apetece.

ELLA.- Vamos, venga, aunque sólo sea para decirme si la luna parece los dientes de un negro. Imagínese que la noche es su careto, el careto enorme de un viejo negrazo que enseña sus morros...

(ÉL se resigna. Va hacia el telescopio. Está orientado ya hacia la luna, se asoma un segundo, mira. ELLA aprovecha para examinarlo por segunda vez con cierto detenimiento.)

¿Qué, es cierto o no?

ÉL.- Una dentadura. ¡Postiza, por supuesto! Sólo le falta el saxo. Sí.

ELLA.- Mire hacia abajo.

(ÉL acepta, por acabar pronto y volver a su *wodka*. Lo hace: mira con el telescopio y lo deja enseguida, aturdido.)

¿Es duro, no?

ÉL.- Demasiado.

ELLA.- ¿Qué le pasa?

ÉL.- Nada.

ELLA.- ¿Duro, no?

ÉL.- Demasiado.

ELLA.- ¿No me diga?

(ELLA va hacia el punto que había dejado ÉL.)

¿Conoce usted a este chaval? No pasa de los quince.

ÉL.- Sí.

ELLA.- ¿Lo conoce mucho?

ÉL.- Sí.

ELLA.- Qué pena.

Él le quita el telescopio, nervioso. Vuelve a mirar a ver si.

ELLA.- Ya no está. No insista. Esto es visto y no visto. **(Regresa a la barra. Apura el vaso. Se pone otro, con permiso del camarero ausente.)** ¿Quién era? ¿Su hijo, su amante, un sobrino, el chaval que sale con su hija, el hijo de un amigo?

(Silencio.)

Vamos, conteste.

(Silencio.)

Y ya no le pregunto nada más.

(Silencio.)

ÉL.- Era mentira. No lo conocía, sólo que me ha impresionado.

ELLA. - No está acostumbrado.

(Pausa.)

El año pasado éramos más. Que yo recuerde había, donde está usted ahora, un borracho que no paraba de beber, imagino que vodka. O ginebra. Una tras otra, una esponja. Se pasó bebiendo hasta que dieron las campanadas. Después se largó. En aquel rincón había una pareja ya mayor. No hablaban, ni bebían, ni respiraban, se lo juro. Eran estatuas. De repente la mujer se me acercó y me preguntó que qué hacía mirando por el telescopio y que si podía echar una ojeada. Yo pasé de ella hasta el culo y le pedí un cigarrillo. A cambio de qué, murmuró, pues a cambio de nada. Tenía todas las monedas que quería. Todavía no las habían cambiado. Además esto duraba más. Para mí que lo han trucado, no dura ni treinta segundos. No me dio el cigarrillo. Se volvió a su sitio y siguió haciéndose la autista. Yo creo que su marido -o podía ser su hermano, ahora que lo pienso, o un familiar; vamos, que no es que hubiera mucha química entre los dos, ni mucha ni nada; eran dos islas, una junto a otra, qué tontería estoy diciendo: serían marido y mujer- bueno, pues creo que esos tipos se estaban muriendo por dentro. Luego estaba el camarero, que ponía en el compacto una música muy hortera, música de hospital, y había que llamarlo varias veces para que te sirviera una copa. Estaba muy bueno el camarero. Y una puta, sería una puta, digo yo, toda pintarrajeada, pegada al móvil. Allí. Posiblemente cazaba clientes. No sé. Y que conste que antes de sonar las campanadas subió un muchacho, compró tabaco, lo asalté y me dio un cigarrillo, me miró a los ojos -quería ligar, estaba claro-, pasé de él, volví a mi telescopio, y él se fue deprisa. Debía de estar en la fiesta que montan más abajo. Sí, estaba esto más animadillo, aunque aquí apenas si... Por eso tenía todas las monedas que me daba la gana. Murphy siempre gana.

(Mira a ÉL a ver si ha entendido lo de Murphy.)

Murphy, el de la ley.

(ÉL asiente -no ha entendido nada-. Bebe.)

Y esta noche, sólo estamos usted y yo. Qué raro, ¿no?

ÉL.- ¿Es una pregunta?

ELLA.- No, un comentario personal. Le he dicho que no iba a preguntar más.

ÉL.- Yo no lo veo nada raro. Es una noche importante. La gente que no está sola lo está celebrando en alguna fiesta o...

ELLA.- ¡Eh! **(Cuenta con los dedos.)** Ha dicho usted más de veinte palabras seguidas, enhorabuena. Tome, un premio, por bueno. **(Y le manda un beso.)**

ÉL.- **(Sonriendo.)** Cómo sois los jóvenes.

ELLA.- ¿Cómo?

ÉL.- Despiadados.

ELLA.- Joder, qué fuerte. Para nada, pequeño. Los jóvenes ahora somos más viejos que nunca. De coco, al menos. Mi padre solía decir que uno se hace viejo cuando no entiende lo que pasa a su alrededor. ¡Y quién coño entiende hoy lo que pasa a su alrededor! Luego todos somos viejos. Ah, y mi padre un capullo.

ÉL.- **(Vuelve a sonreír.)** Podría ser su padre.

ELLA.- ¿Y qué?

ÉL.- ¿No respeta, al menos, a su padre?

ELLA.- Pues claro que no.

(Pausa.)

¿Es que le he faltado al respeto?

ÉL.- No, bueno, un poco, ¿no?

ELLA.- No. Sólo que, mira por donde, me he tenido que topar esta noche con el conversador más tacaño del mundo. Tacaño de palabras, ya me entiende. Que no va usted por ahí enrollándose, precisamente.

ÉL.- Usted habla por los dos.

ELLA.- Sí.

ÉL.- Hablo poco.

ELLA.- ¿No me diga?

ÉL.- **(Vuelve a sonreír.)** Me cuesta.

ELLA.- Pero me da que tiene un buen sentido del humor.

ÉL.- Es la única manera de sobrevivir.

ELLA.- Porque usted está solo.

ÉL.- Sí, como usted.

ELLA.- Lo acaba de decir, hace un momento: la gente que no está sola está por ahí divirtiéndose.

ÉL.- O... **(Se refiere al telescopio.)**

ELLA.- O está en esta cafetería.

ÉL.- Esto no es una cafetería.

ELLA.- Sí. La verdad es que no se sabe bien lo que es. Es lo que me gusta de este sitio. ¿Sabe cómo le llamo yo a este lugar? Las nubes. Digo: subo a las nubes.

ÉL.- Creo que no tiene nombre.

ELLA.- Mejor. Las cosas sin nombre son auténticas, no tienen que demostrar nada ni justificarse. Yo, por ejemplo, no me llamo de ninguna forma.

ÉL.- ¿No?

ELLA.- No. Me llaman «chica», o «tía», o como les salga. Nada más. La gente esta que se cuelga en mi telescopio no tienen nombre tampoco, me gustan. Usted ¿tiene nombre?

ÉL.- ¿Yo? Ni pensarlo.

ELLA.- Por eso me gusta. Me gusta usted.

ÉL.- ¿Yo?

ELLA.- Sí. ¿Sabe qué nombre le pondría?

ÉL.- No.

ELLA.- ¡Capullo!

ÉL.- (Sonríe.) Muy bien.

ELLA.- Mi padre -al que ya sabe cuánto lo quiero- ya me habría dado un par de hostias.

(Pausa.)

Faltan 1.400'' para el s. XXI/ 1.399.../ 1.398...)

Me cae usted bien. De verdad.

(Pausa.)

Sé que lo he visto en alguna parte y no consigo recordar dónde. Pero creo que usted sí que se acuerda...

(ÉL se siente incómodo por primera vez.)

Y lo veo guapo, bastante guapo. A mí es que me van los hombres maduros, sabe: siempre que no me recuerden a mi padre, claro. Y casi ninguno me lo recuerda, sólo cuando veo alguna película, de vampiros y esas cosas.

(Pausa.)

Hablando de vampiros: ¿Quiere que se la chupe?

ÉL.- ¿Qué?

ELLA.- Que se la chupe. (**Hace un gesto descaradamente ilustrador con la mano.**) Estamos los dos solos. El camarero ese, para mí que se ha largado con el personal y está de juerga en la planta de abajo o a lo mejor se ha sumado a los del telescopio. Si tuviera monedas igual me lo encontraba en miniatura.

ÉL.- Qué barbaridades dice usted el camarero anda por ahí, lo he escuchado hace un momento, debe de estar preparando cócteles y adelantando el trabajo para después, cuando suban.

ELLA.- O sea: que está ocupado.

ÉL.- Si no ya hubiera salido.

ELLA.- Luego se la puedo chupar, no creo que nos pille. O nos podemos ir al aseo de caballeros. Esta cafetería o lo que sea tiene un aseo de caballeros lleno de espejos, me encantan los espejos. Es como meterse en el cine, pantallas por todos los lados donde sale tu imagen. Te pone a cien, pequeño. Le aseguro que soy rápida y eficaz y aunque usted me imagino que no será una bala tampoco tiene pinta de estar en las últimas. Todavía se le pondrá como dios manda, si es que dios manda también en eso...

ÉL.- ¿Y cuanto me va a cobrar usted?

ELLA.- ¡Será posible! ¿Me ha tomado por una puta? **(Gritando.)** ¡Me ha tomado por una puta!

ÉL.- Perdone. Es la primera vez que me proponen una cosa así, de golpe.

ELLA.- ¡En algo hay que pasar el tiempo!, ¿no?

ÉL.- Sí, claro.

ELLA.- Ya que no puedo mirar por el maldito telescopio...

ÉL.- Se la chupa al vecino...

ELLA.- Muy bien: le cobraré un par de monedas viejas.

ÉL.- Ya le he dicho que no me quedan.

ELLA.- ¿Quiere decir que si le quedaran me contrataría, me dejaría que se lo hiciera por sólo un par de cochinas monedas...?

ÉL.- No he dicho eso.

ELLA.- Pero lo ha querido decir.

ÉL.- Eso lo dirá usted.

ELLA.- Pues no se haga ilusiones. Me largo. **(Coge la bolsa de viaje. Le pega una patada al telescopio.)** Voy a ver si alguien por ahí me da una moneda; aunque mientras bajo, pido -eso si encuentro a alguien- y vuelvo aquí, con la tortuga esta que nos han puesto por ascensor, cuando llegue ya es pasado mañana... Claro que podría subir a la torre, allí también hay una panorámica que te cagas.

ÉL.- Está cerrada.

ELLA.- Ya. Y te congelas.

ÉL.- Un par de pisos más abajo, en la fiesta, hay mucha gente.

ELLA.- Ya lo sé, pero no me interesa esa gente. **(Se va a ir.)** Adiós.

ÉL.- Espere.

ELLA.- ¿Qué?

ÉL.- Creo que he encontrado alguna moneda, en el bolsillo. Antes miré sólo en la cartera sin pensar en el bolsillo pequeño éste del pantalón. Las monedas que utilizo para el aparcamiento, sabe, siempre reservo algunas monedas para el aparcamiento y como todavía admiten de las viejas, pues...

ELLA.- **(Acercándose a él.)** A ver.

ÉL.- **(Que sabe dónde las tiene, sin apartar la mirada de ella.)** Tome.

(ELLA las coge.)

ELLA.- Gracias, pequeño. **(Le mira insinuante, baja la sensualidad de su mirada hacia los pantalones del hombre.)** Usted no es de esta ciudad, no tiene pinta.

ÉL.- No.

ELLA.- Pero de vez en cuando se pasa por aquí.

ÉL.- De vez en cuando.

ELLA.- Y conoce a mi papi.

ÉL.- ¿Su papi?

ELLA.- Usted lo conoce, ¿no es cierto?

ÉL.- Creo que me confunde con alguien.

ELLA.- Para nada, aunque no consigo recordarlo bien. (**Mira las monedas que acaba de darle y de golpe, realiza un giro rápido y vuelve hacia el telescopio, olvidando la bolsa de viaje.**) Menos da una piedra. (**Regresa al juego.**) ¡Qué animalada! ¡No te digo: ahora le toca a la poli! Ése me suena, bueno, se parece mucho a un colega que acaba de entrar en la pasma. No, no es él, éste lleva bigote.

ÉL.- ¿Puede ver usted desde aquí el bigote? (**Abre el bolso de ELLA sin que ésta se dé cuenta, busca en su interior, encuentra lo que buscaba y hurga durante unos segundos antes de cerrarlo.**)

ELLA.- Depende de lo cerca que esté, pero a veces sí. Tengo una vista de lince. Mi padre dice que tengo una vista de bruja. ¡Un bebé, en su cochecito, qué rico! ¡Se ríe el nano! Está más tirado que una bolsa de basura y se descojona en vez de ponerse a berrear. ¡Por favor: es que ni treinta segundos! ¡Se corta de golpe! Si se estará estropeando, sería lo último que me faltaba. Me quedan dos monedas. (**Va a echar una, antes se fija en un cuadro que hay colgado en la otra parte del bar.**) ¿Quiere ver cómo leo el nombre del mamarracho que ha pintado aquel cuadro tan raro?

ÉL.- ¿Qué cuadro?

ELLA.- Aquél, el de la esquina.

ÉL.- Señorita, apenas si lo veo, con que la firma ni le cuento.

ELLA.- Pues yo le voy a decir su autor. (**Estira la mirada.**) Ro-ni. No, Rony, con y griega.

ÉL.- Increíble.

ELLA.- Vaya a comprobarlo.

ÉL.- Me lo creo.

ELLA.- Vaya, coño.

ÉL.- (**Va.**) Sí, con y griega.

ELLA.- Mirada de bruja.

ÉL.- Sí. Su padre tiene razón.

ELLA.- Mi padre siempre tiene razón. **(Y echa una moneda.)**
Bueno: tenía. **(Hace el gesto con jocosa resignación:)** ¡Caput!

ÉL.- Lo siento.

ELLA.- Yo no.

(Pausa.)

ÉL.- ¿Y cómo quiere que conozca a su padre si está muerto?

ELLA.- No se haga el tonto: mi padre y mi papi son personas diferentes y usted lo sabe.

ÉL.- ¿Y cuál de los dos está muerto?

ELLA.- Ninguno, bueno: los dos.

ÉL.- Bien.

ELLA.- Para mí, sí.

(Faltan 800'' para el s. XXI/ 799.../ 798...)

¡Joder, qué pasa ahora!

ÉL.- ¿Se ha estropeado?

ELLA.- No, es que no pasa nada. Estarán esperando a que me quede sin monedas o esto se ponga borroso para que pase. ¡Me cago en Murphy! ¿Dónde se ha metido la gente? Ah, ya me extrañaba. A éste lo veo mucho por la tele local.

ÉL.- ¿Ve usted la tele local?

ELLA.- Sólo veo la tele local. Salía mi novio.

ÉL.- ¿Ya no sale?

ELLA.- Murió. Esta sí que la conozco: la parapléjica del quinto. Sólo los héroes mueren jóvenes, creo que es cosa de los dioses: eso dice la frase ¿no? Me encanta. La tenía apuntada en mi libreta de sintaxis. ¿Le gusta?

ÉL.- Se me daba muy mal.

ELLA.- ¿Qué?

ÉL.- La sintaxis.

ELLA.- Vale, tío, no te quedes.

ÉL.- No me gustan los héroes, entre otras cosas por eso, mueren demasiado pronto.

ELLA.- Veintidós años. Tenía veintidós años.

ÉL.- Joven.

ELLA.- Sí. En la «flor de la vida».

ÉL.- Su héroe.

ELLA.- Le empujé yo. Me dijo: empújame. Y yo le empujé. Desde el Puente Nuevo. El pasado abril. ¿O fue en mayo? Le debía un favor, no me podía negar.

ÉL.- Claro.

ELLA.- Podía haber esperado unos meses.

(Pausa.)

¿Usted tendría valor para arrojarse al vacío, solo, sin ayuda de nadie?

ÉL.- Ni solo ni acompañado, señorita. No tengo intención de nada parecido. Por ahora.

ELLA.- ¿Sabe usted que la media de edad ya está por los ochenta?

ÉL.- Ochenta y uno.

ELLA.- Qué horror. En el siglo X, es decir, hace mil años justos, la media de edad no pasaba de los treinta.

ÉL.- Y no les daba tiempo a suicidarse.

ELLA.- A los enamorados, sí.

ÉL.- Cuentos chinos.

ELLA.- ¿No ha estado usted enamorado?

ÉL.- Se está perdiendo el espectáculo.

ELLA.- No, es que parece que pase como en la tele: una pausa para la publicidad, se corta el rollo de golpe y... ¡ostras! ¡Un perro! ¡Un pastor alemán precioso...! No puede ser: un perro solo. Ah, ¡y su amo!, estaba detrás, es que no lo veía. Es un chucho lazarillo y su ciego, como en un anuncio. Juntos hasta el final. Fidelidad total. **(Vuelve a golpear el telescopio. Desiste.)**
¡Se acabó!

ÉL.- Le he dado un par de monedas.

ELLA.- Todavía me queda una. Es esto, que se ha roto, se ve como en la tele cuando no estás abonado y salen las rayitas esas, psssss... ¡está claro que ésta no es mi noche! Basta que una haga planes para que no se cumplan, ¿no es eso? Si estuviera el camarero le pediría la hoja de reclamaciones, por estafa.

ÉL.- ¿Quiere que lo llame?

ELLA.- No, déjelo. No me va arreglar nada. Y yo no pienso volver a este puto lugar. Ahora sí que me largo.

(ELLA va hacia donde se había dejado el bolso.)

ÉL.- Ahora que había encontrado más monedas... **(Le muestra la mano, llena de monedas nuevas.)**

ELLA.- Siempre supe que tenía más monedas. Se estaba quedando conmigo.

ÉL.- No.

(ELLA coge la bolsa de viaje. La va a abrir. De repente, mira al hombre fijamente, entonces cree recordar.)

ELLA.- ¡Usted estuvo en casa hace un par de meses!

ÉL.- ...

ELLA.- Estuvo hablando con papí un buen rato. Sí señor, ya decía yo que usted me sonaba de algo.

ÉL.- ...

ELLA.- ¿Sabe por qué me ha venido así de pronto, un flas, zas, el recuerdo?

ÉL.- ...

ELLA.- La cicatriz, en la sien. Pensé: éste ha estado a punto de palmarla. A mí de pequeña me dieron una pedrada unos chavales, jugando, así, sin querer, me dijo el médico que un centímetro más abajo y no lo había contado. Un centímetro separa la vida de la muerte, qué cosas.

ÉL.- Un centímetro puede ser un precipicio.

ELLA.- Usted también sabe decir frasecitas, ¿lo ve?, aunque cortas, claro: eso de gastar saliva no le pega. Entré por casualidad al despacho y los vi. Sesión de trabajo. Ahora sí que me acuerdo perfectamente. Estaban tramando algo. Se callaron de golpe. A Papi no le gusta que entre sin avisar cuando está ensuciando sus trapos.

ÉL.- Pero los planes nunca se cumplen.

ELLA.- Otra. Seis palabras. Papi es demasiado celoso: se ha oído que me iba a largar. Y, cómo no, tampoco es que fuera muy difícil: se imaginaba cuándo. Por eso llevaba espiándome desde hace algún tiempo. Qué tontería acabo de decir: que yo sepa desde que nos casamos siempre me ha espiado, sólo que últimamente se notaba demasiado.

(ELLA salta la barra. Entra donde supone que está el camarero. Vuelve.)

No hay camarero.

ÉL.- Este local no abre hoy.

(ELLA va hacia la puerta de salida. Está cerrada. No hay forma de abrirla.)

Pausa.)

ELLA.- El cabrón de Papi le ha contratado para que me mate.

ÉL.- ...

ELLA.- ¿Y a qué espera? ¿A que den las doce campanadas?

ÉL.- Tome. **(Le da un puñado de monedas.)** Todas nuevas.

ELLA.- El telescopio se ha estropeado, acabo de decírselo.

(ÉL va hacia el telescopio. Echa una moneda, regula un pequeño mando que hay bajo el visor, le da un golpe seco, con oficio. Mientras, ELLA ha introducido la mano en el bolso y ha sacado una pistola.)

ÉL.- Ya está.

(ELLA le apunta.)

ÉL.- ¿Si me mata... cómo va a salir de aquí?

ELLA.- Le quitaré la llave.

ÉL.- No la llevo encima.

(ELLA intenta abrir el maletín de él, no da con la combinación.)

La llave la tiene su «Papi». Abajo, en la fiesta. Estará terminando de cenar.

ELLA.- Así se indigeste.

ÉL.- Le da una última oportunidad: si vuelve usted a la fiesta, aquí no ha pasado nada. Año nuevo...

ELLA.- Vida igual. Ni hablar. No estoy dispuesta a pasar mi próximo milenio aguantando a ese viejo cabrón.

(ELLA aprieta el gatillo. Clic, la pistola esta descargada. ÉL le muestra las balas.)

ÉL.- Venga, siga «curioseando».

(ELLA vuelve al telescopio. Y vuelve a rastrear. ÉL vuelve a su *wodka*.)

ELLA.- ¡Cuatro! ¡Dos! Tres, cuatro, siete... ¡doce! Se acerca el último minuto de este puñetero año, de esta mierda de siglo, se nota... ¡Más! ¡Dos! No pienso volver, ya se puede hacer a la idea.

(ÉL, sin que ella lo vea, abre el maletín y como si se tratara de un rompecabezas, pieza a pieza, en pocos segundos, monta una recortada. Le aplica el silenciador. ELLA se da cuenta. Vuelve al telescopio. De golpe, ve algo que le ha llamado la atención. Ríe, primero entrecortadamente, no puede creerse aquello que está viendo. La sorpresa se confirma. Su risa se vuelve cada vez más despiadada.)

ÉL.- (Apuntándole.) ¡Cómo sois los jóvenes!

ELLA.- ¡Papi...! Papi, ¿no lo entiende? **(Ríe.)** Aquí. Un primer plano genial, ¿no me cree? Por lo visto se lo ha pensado mejor y ha decidido no tomarse las uvas... **(Vuelve a reírse. Regresa al visor.)** ¡Esto sí que no me lo pierdo!

(Pausa. No sale de su asombro.)

¿Y quién le va a pagar a usted si resulta que Papi también...?

(Faltan 30" para el s. XXI/ 29.../ 28.../ 27... Mañana será otro milenio...

Pausa.)

¿O no?

(ÉL carga la pistola, le quita el seguro. Se prepara para disparar, perplejo. Duda. Y suenan, enloquecidas, las doce campanadas, mientras se va haciendo oscuro.)

FIN